

## LA HISTORIA DE BOBBY

En Edimburgo, una ciudad de Escocia, todo el mundo conoce a Bobby, que no es un muchacho, sino un perro terrier cuya historia es muy interesante. Su monumento, hecho en bronce, está sobre una fuente, y a los turistas les gusta visitarlo.

Muchos años atrás, Bobby y su dueño, un fraile franciscano, eran vistos diariamente en la plaza del mercado cerca de la iglesia de los franciscanos, en Edimburgo. Todos los días, cuando el enorme cañón del castillo anunciaba el mediodía, Bobby y su dueño atravesaban la plaza e iban a almorzar a un restaurante. Bobby recibía un pastel de pasas y un hueso. Un día, el dueño de Bobby murió y fue enterrado en el cementerio de la Iglesia de los franciscanos.

Tres días después del entierro, cuando el gran cañón anunció el mediodía, Bobby apareció en el restaurante. Era la figura del hambre y el sufrimiento. El compasivo dueño del restaurante reconoció al perro y le dio su acostumbrado pastel de pasas.

Al día siguiente Bobby volvió. El hombre, curioso, resolvió seguirlo.

¿Hacia dónde piensas que fue el perro? Sí, él fue directo a la sepultura de su dueño, y allí comió su pastel de pasas y luego se acostó para continuar vigilando.

La familia del dueño de Bobby lo llevó a su casa y lo cuidó, pero él no permaneció allí. Tres veces se escapó para continuar su vigilia junto a la sepultura. En el portón del cementerio había un cartel:

"PROHIBIDA LA ENTRADA DE PERROS". Pero el vigía no tuvo valor para impedir la entrada de Bobby. Y allí permanecía, día y noche, buscando refugio debajo de una gran piedra cuando se desataba alguna tempestad. Como nadie conseguía que se fuera de allí, hicieron una casita para él, y todos los días Bobby iba al restaurante para retirar su pastel de pasas.

Entonces fue promulgada una ley que exigía que todos los perros tuvieran autorización y usaran collar.

Bobby no tenía ni la autorización ni el collar. ¿Qué piensas que sucedió? ¿Fue metido en la cárcel? Oh, no.

El buen prefecto de Edimburgo pagó la autorización, y continuó pagándola todos los años. También le ofreció a Bobby un collar, el cual puede ser visto ahora en el museo.

De ese modo, Bobby volvió al puesto de vigía al lado de la sepultura de su dueño, donde permaneció hasta morir. Lo enterraron en el cementerio de la iglesia, y sus amigos levantaron una columna en su memoria y también en memoria de su dueño. Sobre la pequeña fuente en la esquina de la calle, cerca del cementerio, donde la figura de Bobby, en bronce, todavía continúa vigilando, se puede leer lo siguiente: "Un tributo a la afectuosa fidelidad del perro de un fraile franciscano. En 1858 este fiel perro acompañó los restos mortales de su dueño al cementerio de la iglesia de los frailes franciscanos y permaneció allí cerca hasta su muerte en 1872".

¿Por cuánto tiempo? Desde 1858 hasta 1872: catorce años.

¡Catorce años, día y noche!

¡Eso fue lo que un perro terrier escocés hizo por amor! ¿Qué te parece? ¡Cuánta bondad nos demuestra Dios al darnos esos fieles y amorosos animales para servirnos! Muchos niños y niñas no tienen hoy el mismo respeto a la memoria de sus padres. El ejemplo de Bobby deja avergonzados a los chicos ingratos que no cumplen su palabra. Deja avergonzados a todos los hombres, mujeres y jóvenes que no se mantienen fieles a su patria y a su iglesia.